



DON JAYME DE ARAGON.

SEGUNDA PARTE.

PRosiguiendo en esta historia
el discurso comenzado,
digo, que Don Jayme alegre,
estando certificado
del amor, que cariñosa
la Dama le ha demostrado,
le prometiò guardaria
el secreto, y con alhagos,
con ternezas, y cariños
de aquel Jardin tan preciado
cogiò la flor deleytosa,
trofeo del Dios vendado:
hasta la una tocada
se mantuvo, disfrutando
favores, que la ocasion
diò lugar sin embarazo:
y ya que le pareciò,
que erà justo retirarnos,
me diò un bolsillo muy grande,
advirtiendo à mi cuydado
no faltase de acudir
al puesto donde el criado
me citò, y me señalò,
como ya dexo explicado.
Me volviò à vendar los ojos,
y tomandome la mano,
me fue guiando à la puerta,
por donde yo habia entrado:
al Criado me entregò,
con que baxando hasta el patio,
con sigiloso silencio,
montè en el veloz caballo,
como sucediò primero;
anduvimos caminando
atravesando mil calles,
venimos en largo espacio
à dar al puesto primero
en donde yo habia montado
despidióse el Escudero,
y à mi posada llegando
hallè entregados al sueño
camaradas, y criados.
A mi quarto me retiro,
donde el bolsillo sacando,
le abri, y hallè que encerraba
del oro mas acendrado,
una preciosa cadena
del valor de mil ducados, dos

dos sortijas de diamantes,
y cien doblones de à quatro.
Absorto me hallè à la vista
de tan singular regalo.
Reconocì por las prendas,
que era persona de garbo,
con que sali à la mañana
con la cadena adornado.
Jugaba, y vestia bien,
convidaba à los Soldados.
Mis amigos me decian:
de donde habia sacado
tanto dinero, y alhajas,
ò què Indias habia hallado?
Pero yo satisfacia
sus maliciosos cuydados,
diciendoles, que mi Padre
de España me lo ha mandado.
Continuè en la estratagema,
de doblones bien colmado,
con que empezò la malicia
à usar discursos villanos.
Hasta que un Don Baltasar,
camarada muy honrado,
en diversas ocasiones,
que de mi estaban hablando,
volviò por mi, como amigo;
pero ya de oir cansado,
una tarde los dos solos,
que nos ibamos paseando,
me dixo: cierto, Don Jayme,
que quisiera aqui escusaros
el bochorno, que es preciso
os cuente lo que relato:
creed, que quereros bien,
y como amigo estimaros,
me obliga aqui solamente
à que os diga, que notado
sois de todos; porque os ven
en caudal adelantado:
discurren mil novedades,
cada uno contemplando
de vos, donde, y de què suerte
adquiris dinero tanto?
Que hurtais dicen claramente,
y hallandome interesado
en tu honor, por la amistad
estrecha que profesamos,
me cabe à mi del ultrage
la misma parte, y en tanto,
à ley de amigo leal,
me has de revelar el caso,
por donde logras tener
joyas, y otros aparatos.
Reyme con gran reposo,
y Don Baltasar notando
ver en risa convertido
lo serio de su cuydado;
me apretò de tal manera,
que en la amistad confiado
por no causar mas sospecha,
le di de lo relatado
larga cuenta, à que confuso,
suspenso, y como admirado
me dixo: còmo es posible,
que ignores, Don Jayme, tanto,
que no sepais con certeza
aquella Casa, ò Palacio?
Para la noche es preciso,
que sin que sienta el criado,
lleveis una oculta esponja
mojada en sangre, en un vaso,
y señalareis la puerta,
y asi fue determinado.
Logrè à la noche gozar
los deleytes principiados,
y con la espònja al descuydo,
dexè el puesto señalado.
Retiréme à mi quartel,
y siendo el dia ya claro,
Don Baltasar, y yo fuimos
con curioso desenfado
haciendo la diligencia
por la Ciudad, y cansados,

volviendonos hacia casa,
con la señal encontramos
cerca de mi habitacion,
como unos noventa pasos.
Era un Palacio opulento
de un Principe, Potentado,
que sola tenia una hija
viuda, que es raro milagro
de belleza, y hermosura
en quien recaía el estado
al fin de sus cortos dias:
y de todo esto informados,
aguardamos à la noche,
en que la hora llegando,
montè con el Escudero,
como est.ba acostumbrado,
estaba Don Baltasar
todo el suceso notando.
Mi Dama me recibiò
con duplicados alhagos,
à quien yo le supliquè
permitiese un breve espacio
dexarse ver, y ella atenta,
condescendiò con agrado:
entrò à otra pieza, y sacò
en sus blanquisimas manos
una buxia encendida,
y yo atonito, y pasmado,
viendo su rara hermosura,
la venerè por milagro.
Ya me ves, me dixo alegre,
quiera el Cielo soberano
no sea para perderme:
sabe, Jayme, que me llamo
Madama Lucrecia, siendo
mi nobilisimo estado
el Principado de Enre
de quien Princesa me aclamo.
Mi Padre es anciano, y solo,
con que heredera me hallò
de su dilatada hacienda,
y riquisimos Estados;
con ellos te colmatè,
haciendote dueño amado
de todo lo que poseo.
Aqui yo regocijado,
con palabras amorosas
gracias le rendi, humillado.
Ausentéme de su cielo,
y en mi casa sosegado,
le contè à Don Baltasar
todo quanto habia pasado.
A la siguiente mañana
nos salimos paseando,
y con juventud lozana,
à las ventanas mirando:
dimos continuadas vueltas
del dia todo el espacio,
deseando ver la vista
de aquel Sol idolatrado.
Cansados, hacia el Quartél,
alegres nos retiramos;
y mientras Don Baltasar
entrò à desnudarse al quarto,
se acercò à mi una muger,
con mascarilla tapado
el rostro, y en claro idioma
Español, me hablò bien claro,
diciendo con gravedad
las palabras, que relato;
mal aconsejado mozo,
salte sin mas dilatarlo,
con la mayor brevedad,
de la Ciudad, sin reparo,
porque te importa la vida,
y esta noche decretado
està el fallo, quien lo ordena
quien mas te ha idolatrado:
de lastima esto te aviso,
y se ausentò en breve espacio.
Quedè absorto con tal nueva,
el suceso contemplando:
di aviso à Don Baltasar
de lo que me habia pasado

con la muger encubierta,
y los dos considerando,
si sería estratagema,
unanimes aguardamos.
à que cerrase la noche,
estendiendo el negro manto.
Apenas dieron las diez,
quando me fui acompañado
de Don Baltasar mi amigo,
al puesto ya relatado.
Dieron las once, y no vino
el Escudero nombrado:
yo cuydadoso en estremo,
à Don Baltasar le hago
se retire, por si fuese
para llegar embarazo
al cuydadoso Escudero,
à quien yo estaba aguardando.
Apenas lo executò
quando salen embozados
seis hombres con las espadas
desnudas, y me cercaron,
diciendo: muera, muera, y apenas
este dicho pronunciaron,
quando cerraron conmigo,
con un valor extremado;
mas con juveniles brios
la capa liando al brazo
me procurè defender
del rigor de los tyranos:
los que viendo, que duraba,
sin desfaecer un paso,
sacò uno una pistola,
y el gatillo levantando,
me dispàrò sin que fuese
capáz para embarazarlo:
con tres balas me pasò
todo el lagarto del brazo
derecho, con que no pude
ofender à mis contrarios.
Caì con ansias mortales,
mas Don Baltasar honrado
acudiò ligeramente,
con cuyo auxilio cesaron
mis contrarios en su intento,
y en breve se retiraron.
Ayudóme à levantar,
y hacia el Quartél caminamos,
en donde con brevedad
vino à verme el Cirujano,
el que me curò al instante,
con animoso cuydado.
Ya libre de esta zozobra,
convaleciente me hallo,
y saliendo à pasearme
con mi camarada honrado,
llegò el Sargento Mayor,
y me dixo con espacio:
sepa usted, que el General
le participe ha mandado,
se salga usted de Bruxelas,
por estár determinado,
quien diò principio al suceso,
que una vez ha comenzado,
à darle fin con la vida,
y asi os conviene ausentaros.
Esto me dixo el Mayor,
yo haciendo discursos varios,
determinè retirarme
de tan precisos cuydados.
Y en otra tercera parte
le darè fin à este caso.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, donde se hallarà de todo surtimiento, y Estampas.